



GANADORES

Tema Sello 2024 fase nacional

Concurso de **cuentos** (p. 2):

1. “El secreto del bosque susurrante”. De: Ashly Villarroel, Técnico en Educación Especial, Puente Alto.
2. “Entre copas y confesiones”. De: Fernanda Núñez Araya, Psicología, Antofagasta.
3. “Más allá de la verdad aparente”. De: Martina Jara Canales, Técnico en Educación Parvularia 1° y 2° Básico, Rancagua.
4. Mención honrosa: “La verdad de Elena”. De: Anaís Merino, Fonoaudiología, Concepción.

Concurso de **fotografías – relatos** (p.10):

1. “Horizonte y verdad”. De: Luis Enrique Saavedra Arias, Ingeniería agrícola, Curicó.
2. “La verdad siempre brilla más allá de las apariencias”. De: María Jesús Madariaga Ormazábal, Técnico en Educación Parvularia 1° y 2° Básico; San Joaquín.
3. “Confesión”. De: Julián Ibarra Rebolledo, Comunicación Audiovisual Digital, Talca.

1 El Secreto del Bosque Susurrante

Ashly Villarroel, Técnico en Educación Especial

En un pequeño pueblo, oculto entre montañas verdes y valles profundos, se extendía un vasto bosque conocido como el Bosque Susurrante. Los habitantes del pueblo, desde tiempos inmemoriales, compartían historias sobre ese lugar mágico. Decían que los árboles, altos como rascacielos, poseían sus propios pensamientos y que, al caer la noche, sus hojas susurraban secretos a quienes podían escucharlos.

Los ancianos solían advertir a los niños: “El bosque es un lugar sagrado, un guardián de antiguos cuentos y misterios”. El temor a lo desconocido mantuvo a muchos alejados de sus profundidades.

Pero había una joven, llamada Hazal, que no podía resistir la poderosa atracción de aquel bosque lleno de enigmas. Era valiente, con un corazón ardiente de curiosidad.

Una noche de luna llena, Hazal decidió que era el momento de descubrir lo que el Bosque Susurrante escondía. Se había preparado, escuchando cada historia y leyenda. Tomó estas como señales que la guiaban hacia su destino. Con su farol encendido y un viejo libro de cuentos en la mano, se adentró en la oscuridad del bosque.

Los árboles parecían moverse con la brisa, sus ramas entrelazándose como si estuvieran conversando entre sí. Hazal sintió un escalofrío, una mezcla de miedo y emoción. A cada paso que daba, las sombras jugaban con la luz de su farol, creando formas extrañas e imágenes del pasado que la hicieron dudar. Sin embargo, su curiosidad superó cualquier temor.

A medida que se adentraba más en el bosque, los susurros se volvían más claros. Como un eco lejano, se deslizaban por el aire, guiándola hacia un lugar de ensueño. “Escucha”, parecía decir el viento. Hazal cerró los ojos, dejando que los sonidos la envolvieran. Era una melodía suave, llena de vida. Había risas, llantos, cantos de aves, y el murmullo de un arroyo cercano.

Después de caminar un rato, llegó a un claro. Allí, iluminado por la brillante luna, pudo ver un círculo de árboles que, al parecer, estaban danzando. “¿Qué es esto?”, murmuró, asombrada ante el espectáculo. En el centro del claro, una piedra enorme resplandecía con una luz especial, proyectando sombras que parecían jugar entre sí.

Hazal se acercó a la piedra, siendo atraída de manera inexplicable hacia ella. Al tocarla, se sintió envuelta en una ola de energía, como si cada átomo de su ser vibrara. Entonces, el susurro del bosque se convirtió en una voz clara y resonante. “Bienvenida, Hazal. He esperado tu llegada”, dijo la voz, que parecía surgir de la piedra misma.

“¿Quién eres?”, preguntó Hazal, maravillada y asustada al mismo tiempo. “Soy el Guardián del Bosque Susurrante. Los árboles y el suelo son mis órganos, y aquí, todos los secretos de la

naturaleza son guardados”, respondió la voz. “El bosque ha vivido en armonía durante siglos, pero la conexión que existe entre el hombre y la naturaleza se ha perdido. Necesito tu ayuda”.

Hazal sintió que un peso enorme caía sobre sus hombros. “¿Qué debo hacer?” La voz le explicó que el bosque estaba sufriendo. La contaminación y la indiferencia del mundo moderno amenazaban su existencia. “Debes volver a tu pueblo y enseñar a los demás a escuchar los susurros del bosque, a respetar y cuidar la naturaleza”

A medida que las palabras del Guardián resonaban en su mente, Hazal comprendió. No era solo un secreto lo que el bosque escondía, sino una misión. Tenía que convertirse en un puente entre su pueblo y el bosque, recordando a todos la importancia de vivir en armonía con la naturaleza.

Al regresar a su pueblo, Hazal se sintió diferente. El bosque había llenado su corazón de sabiduría y determinación. Se reunió con los aldeanos y compartió su experiencia, relatando la magia del Bosque Susurrante. Sin embargo, no todos creyeron en sus palabras. Algunos se reían, otros la miraban con desdén, pero Hazal no se rindió.

Con el tiempo, comenzó a organizar encuentros en el bosque, invitando a los aldeanos a conocer el lugar. Les enseñó a escuchar los susurros y a reconocer la belleza en la naturaleza. Con cada visita, ella sembraba la semilla del respeto y el amor por el bosque en los corazones de quienes la seguían.

A medida que pasaban las estaciones, más y más personas comenzaron a unirse a ella. Un día, un grupo de niños, fascinados por los cuentos, decidió seguirla en su paseo a través del bosque. “¡Mira!”, exclamó uno de ellos, apuntando a un árbol. “¡Habla de verdad!” Las hojas parecían moverse porque el viento soplabla entre ellas como una suave canción.

Hazal sonrió, sabiendo que poco a poco el pueblo comenzaba a despertar. Finalmente, organizaron una gran celebración en el claro del bosque, agradeciendo a los árboles por su sabiduría y belleza. Los susurros resonaban en el aire, y Hazal sabía, en su alma, que el bosque estaba feliz.

Sin embargo, los desafíos no terminaron ahí. Un empresario llegó al pueblo con planes de talar parte del bosque para construir una fábrica. Prometía empleos y prosperidad, y muchos en el pueblo se sintieron tentados por su oferta. Pero Hazal, firme en su misión, se presentó ante el consejo del pueblo. “No podemos sacrificar el bosque por ganancias temporales”, advirtió. “El bosque es vida, y si lo destruimos, perderemos mucho más de lo que ganamos”.

Hazal organizó una reunión en el claro, invitando a todos los aldeanos, incluidos aquellos que apoyaban el proyecto del empresario. Los llevó al centro del bosque, les mostró la piedra luminosa y dejó que los susurros del viento hablaran por ella. “Este lugar es sagrado”, dijo. “Escuchen con el corazón, no con los oídos”

Esa noche, bajo la luna llena, algo cambió. Los aldeanos comenzaron a percibir lo que Hazal siempre había sentido. Los árboles susurraban, no solo en sus oídos, sino en lo más profundo de sus almas. La naturaleza les hablaba, recordándoles la conexión ancestral entre el ser humano y la Tierra.

El empresario, al ver la fuerza del pueblo unido y sintiendo también la energía del bosque, decidió abandonar sus planes. “Nunca había visto algo así”, confesó antes de marcharse. “Este lugar merece ser protegido”.

Hazal, emocionada, vio cómo el pueblo volvía a su rutina, pero con una nueva perspectiva. Plantaron más árboles, crearon senderos para que otros pudieran disfrutar del bosque y aprendieron a coexistir en armonía con la naturaleza. El Bosque Susurrante ya no era solo un lugar de secretos, sino un símbolo de esperanza y renacimiento.

Con el tiempo, las generaciones futuras siguieron los pasos de Hazal, transmitiendo las historias del bosque, para mantener viva la conexión entre el pueblo y la naturaleza. Y aunque las hojas siguieron susurrando, ya no eran secretos de advertencia, sino canciones de agradecimiento por un futuro protegido.

2 “Entre Copas y Confesiones”

Fernanda Núñez Araya, Psicología 2024

Alyssa, de 19 años, estaba sentada en el suelo de su habitación, rodeada de recuerdos. Tenía frente a ella una vieja caja llena de fotos, pequeños objetos y entradas a conciertos. Mientras revisaba el contenido, se detuvo en las imágenes más recientes: fotos con sus nuevos amigos de la universidad. En cada una de ellas estaban en distintos bares, siempre con bebidas en mano, riendo y pasándola bien. Pero no importaba el bar, la situación siempre parecía la misma: diversión superficial, sin conversaciones profundas ni momentos significativos.

Alyssa suspiró, sintiendo una inquietud que la había acompañado durante la última semana. ¿Eran estos amigos realmente cercanos a ella? Sí, se divertían juntos, pero... ¿alguna vez habían tenido una conversación sincera? Nunca hablaban de sus verdaderos problemas, de sus sueños o miedos. Solo se reunían para beber y escapar de la rutina universitaria. Pero Alyssa anhelaba algo más, necesitaba conexiones reales, personas con quienes pudiera abrir su corazón y hablar de las cosas importantes.

Ese lunes, al regresar a la universidad, Alyssa decidió que algo debía cambiar. Había estado dándole vueltas a un plan: tomarse un tiempo lejos de su círculo social. No era

un plan revolucionario, pero para alguien tan tímida como ella, era un gran desafío. Sabía que significaba tener que empezar de cero, entablar nuevas relaciones con personas desconocidas. Eso la ponía nerviosa. Pero entonces recordó una frase que la había marcado de una película que vio el fin de semana: **“Usted no puede esperar construir un mundo mejor sin mejorar a las personas”**. Esa línea se le quedó grabada, como una señal de que debía dejar de mentirse a sí misma. No podía seguir fingiendo que estaba bien si no lo estaba.

Alyssa se daba cuenta de que, a pesar de estar siempre rodeada de gente, a menudo se sentía sola. Su única fuente real de apoyo emocional era su madre, y aunque la amaba profundamente, sabía que necesitaba amistades cercanas a su edad. Especialmente tras su reciente ruptura, sentía un vacío que ni siquiera su madre podía llenar. Alyssa necesitaba personas con quienes pudiera compartir sus angustias y alegrías, no solo salir a tomar unas cervezas y hablar de trivialidades.

Una semana después de empezar su distanciamiento, su amigo más cercano, Lucciano, se le acercó en el campus. “Oye, ¿qué ha pasado? Ya no hablas en el grupo, ni respondes en redes sociales. ¿Todo bien?”

Alyssa sintió una mezcla de incomodidad y culpa. Había estado evitando precisamente este tipo de confrontaciones. Sabía que lo mejor era decir la verdad, pero no sabía cómo expresarlo sin ser dramática o ingrata. Así que, después de un silencio incómodo, decidió sincerarse.

—Bueno, Lucciano... la verdad es que me he estado preguntando si estas amistades que tengo realmente son lo que necesito ahora mismo. Me he dado cuenta de que solo nos vemos para salir y pasar el rato, pero nunca hablamos de cosas más profundas. Y creo que necesito más de eso en mi vida. Quiero tener conversaciones reales, donde podamos abrirnos, y no sé si lo estamos haciendo...

Lucciano la miró, sorprendido, y luego frunció el ceño.

—Vaya... no sabía que te sentías así, Alyssa. Es cierto que no hablamos mucho de cosas personales... pero nunca pensé que lo necesitabas. Pensé que estábamos bien, que te lo pasabas bien con nosotros.

Alyssa se encogió de hombros, sintiendo que su pecho se relajaba un poco al poder hablarlo.

—No es que no me divierta —explicó—. Es solo que a veces me siento vacía después de salir. Como si todo fuera un escape y no algo real. No sé, tal vez soy yo complicando

las cosas, pero he llegado a un punto donde necesito más que solo fiestas. Necesito amigos con quienes pueda hablar de verdad, de lo que me pasa.

Lucciano se quedó callado por un momento, pensativo. Luego suspiró.

—Sabes, nunca lo había pensado así. Creo que yo también me he estado escondiendo detrás de las risas y las salidas. No es fácil abrirse con los demás, y tal vez ninguno de nosotros lo ha hecho por miedo a que no les interese. Pero eso no significa que no queramos. Quizá solo necesitamos ser más honestos, como tú lo estás siendo ahora.

Alyssa lo miró sorprendida. No esperaba que Lucciano fuera tan receptivo. Sentía un peso menos en su pecho, como si al fin pudiera respirar mejor.

—¿De verdad crees eso? —preguntó.

—Sí, lo creo —respondió él, con una sonrisa—. Es más, si quieres, podríamos hablar más a menudo. Sin bares, sin distracciones. Solo tú y yo, o con los demás, si están dispuestos. Creo que tienes razón en que debemos ser más auténticos. A veces, estamos tan enfocados en divertirnos que olvidamos lo que realmente importa.

Alyssa sonrió, sintiendo que esa conversación estaba abriendo una puerta que ella misma no sabía que existía.

—Me gustaría eso, mucho. Tal vez no todo tiene que ser difícil, después de todo.

—No lo es —dijo Lucciano—. Solo necesitamos empezar a ser más nosotros mismos. Y si alguna vez sientes que necesitas hablar de algo, yo estaré aquí.

Esa tarde, mientras caminaban juntos por el campus, Alyssa sintió que algo había cambiado, pero para bien. No necesitaba alejarse por completo de sus amigos, solo necesitaba ser honesta, tanto con ellos como consigo misma. Quizás las amistades que buscaba estaban ya a su lado, y todo lo que hacía falta era un poco más de verdad.

En ese momento, comprendió que el cambio no siempre requería distanciarse o empezar de cero. A veces, se trataba de mejorar lo que ya existía, de ser más sincero con los demás, y de estar dispuesto a abrir el corazón. Y al hacerlo, había encontrado en Lucciano el amigo que siempre había necesitado.

3 Más allá de la verdad aparente

Martina Jara Canales, Técnico en Educación Parvularia 1° y 2° Básico

Eran una pareja envidiable, un ejemplo de amor y complicidad a los ojos de todos los que los rodeaban. El, un hombre de buena presencia y maneras refinadas, siempre había sido astuto y meticulado, planeando cada detalle de su vida desde que era apenas un niño. Había aprendido desde temprano a ocultar sus verdaderas intenciones detrás de una sonrisa encantadora, y con el tiempo, había perfeccionado el arte de la manipulación hasta convertirlo en su segunda piel.

Ella en cambio era inteligente y honesta. Desde muy joven había sentido una profunda pasión por la ciencia, la verdad y la búsqueda del conocimiento. Con una nobleza innata y un espíritu incansable, dedicaba largas horas a sus experimentos, convencida de que su propósito en la vida era descubrir algo grande, algo que pudiera cambiar el mundo. Su laboratorio era su refugio un lugar donde la lógica y los hechos reinaban, alejándola de las sombras que ella inconscientemente ignoraba en su propia relación. Mientras su esposo la miraba desde la distancia, una chispa de satisfacción brillaba en sus ojos. Sabía que la tenía exactamente donde quería: inmersa en su trabajo, distraía y confiando ciegamente en él. Le había contado sobre una cápsula del tiempo, una antigua reliquia que había escondido hacia años, esperando el momento adecuado para revelar su contenido. La historia, envuelta en misterio, había capturado la curiosidad de ella, pero nunca le había revelado por que esa cápsula estaba destinada solo para una persona especial, alguien que “mereciera” conocer el secreto que guardaba. Ella con gran ilusión sintió que por fin había descubierto su propósito en la vida y su destino y ese propósito que tanto anhelaba.

Él, incentivándola y alentándola cada día, emprendió su viaje. Eran coordenadas muy difíciles donde tenía que atravesar un desierto muy frío y muy arenoso. Le tardo días poder llegar a la mitad del desierto, donde siempre sentía que la observaban. Pero en el comienzo de los días nunca descubrió que era. Fueron meses muy duros para poder cruzar todo el desierto, sola con muy poca comida y sin poder cambiarse su ropa sólo tenía la esperanza de poder encontrar su meta. Oscureciendo en el desierto, apareció repentinamente un hombre muy delgado y de mala apariencia donde le confesó que la había seguido cada día de su viaje. A medida que la presencia del hombre se hacía más constante, ella sentía una curiosa sensación de alivio. No hablaba mucho, pero su sola cercanía calmaba algo profundo en su interior, como si, sin darse cuenta hubiera estado esperando su aparición todo este tiempo. Día tras día, el la seguía en silencio, manteniéndose a una distancia respetuosa, pero siempre vigilante.

Ella miraba el desierto con ojos agotados, su mente y cuerpo cansados tras la travesía interminable, los días pasaban y cada vez más, sentía que estaba cerca de su objetivo.

El complejo científico, apenas visible en el horizonte, la llamaba como un faro en medio de la nada. Sin embargo, algo en la forma en el que el hombre la observaba la hacía dudar. “He venido todo este camino para protegerte”, murmuró una noche, su voz ronca y apenas audible. Ella, sorprendida, lo miró sin saber si tomarlo en serio o considerarlo una fantasía producto de su agotamiento. A medida que se acercaban al laboratorio, la sensación de ser observada se intensificó. El hombre empezó a hablar más, a advertirle de peligros invisibles. “No confíes en lo que veas ahí dentro”, le dijo con urgencia. “Las cosas no son lo que aparecen. Ese lugar guarda secretos que ningún ser humano debería descubrir”. Pero ella, impulsada por su propósito y la promesa de cumplir su destino, decidió no escuchar. A pocos metros de las puertas del complejo, su corazón latía con fuerzas. Sabía que su verdad la esperaba del otro lado.

Ella empujó las puertas, el aire era denso y frío, el silencio absoluto. La luz parpadeante de los pasillos vacíos la guiaba hacia una sala al fondo del corredor, donde sabía que las respuestas a todos los esfuerzos la esperaban. El hombre por última vez se dirige a ella diciendo “Tu esposo te envió aquí sabiendo lo que encontrarías. El no te está esperando en el otro lado. Lo que te espera... no es lo que crees”. Por primera vez en su viaje, ella sintió miedo. No miedo del hombre que estaba a su lado, sino la verdad que empezaba a revelarse a sus ojos, pero sin pensar en su miedo y siguiendo sólo su corazón, abrió las puertas al final del pasillo...

4 La verdad de Elena

Anaís Merino, Fonoaudiología, Concepción.

En una pequeña ciudad, donde los secretos parecían flotar en el aire, vivía Elena, una joven que valoraba profundamente la verdad. Desde pequeña, observaba cómo los adultos a su alrededor distorsionaban la realidad para evitar conflictos. Su madre siempre le decía que a veces una “mentira piadosa” era mejor que una verdad dolorosa. Pero Elena no lo veía así; para ella, cada mentira robaba una parte de quien la decía y le pesaba más que la verdad.

Trabajaba en una pequeña librería de barrio, un lugar que consideraba su refugio. Rodeada de historias de héroes y de secretos revelados, Elena encontraba consuelo entre los libros. No solo vendía libros; disfrutaba escuchando a los clientes y conectando con sus historias. Para ella, cada persona tenía una verdad única y escucharla era un privilegio.

Un día, una anciana llamada Doña Rosa entró en la librería. Con una mirada nostálgica, recorrió los estantes, tocando algunos libros como si evocaran recuerdos lejanos. Elena, al notar su tristeza, se acercó y le preguntó si buscaba algo en particular. Doña Rosa, con un suspiro, le confesó que buscaba un libro que la ayudara a recordar, pero también a enfrentar aquello que había guardado durante tantos años. Intrigada, Elena le recomendó un libro sobre la vida y la muerte, sobre decisiones difíciles y sanación. Doña Rosa comenzó a hojearlo. Elena aprovechó para compartir un poco de su propia perspectiva: “Creo que las verdades no dichas pueden ser más dolorosas que las que enfrentamos”. La anciana, sorprendida, pareció reconsiderar su vida.

A partir de entonces, Doña Rosa se convirtió en visitante habitual de la librería. Sus charlas con Elena se hicieron cada vez más profundas, y poco a poco, la joven descubrió que la anciana había perdido a su esposo años atrás y que nunca había podido superar la tristeza. Doña Rosa confesó que se sentía atrapada en el pasado, sonriendo para que los demás pensaran que estaba bien, pero cargando un dolor constante. Elena, al ver esa sinceridad, comprendió que su amor por la verdad no solo se trataba de honestidad hacia los demás, sino también de ser honesta consigo misma. Le sugirió a Doña Rosa que, quizá, escribir sobre sus sentimientos podría ayudarla a sanar.

Así, Doña Rosa comenzó a llevar un pequeño cuaderno en el que plasmaba sus recuerdos, miedos y lecciones de vida. Con cada palabra, iba descargando un poco de la carga que llevaba. Al mismo tiempo, Elena, inspirada por la valentía de Doña Rosa, empezó a reflexionar sobre sus propias verdades no dichas. Llevaba años evitando una conversación dolorosa con su mejor amiga, Valeria, sobre una traición que había ocurrido tiempo atrás. La verdad la inquietaba, y la duda de perder su amistad la atormentaba. Después de una profunda conversación con Doña Rosa, Elena decidió que debía enfrentarla.

Un día, invitó a Valeria a tomar un café y, tras respirar hondo, le confesó cómo se había sentido desde aquella traición, el dolor que le había causado y su deseo de reconstruir su amistad. Valeria la escuchó con atención, visiblemente afectada. Cuando terminó, Valeria también se sinceró, revelando sentimientos que había guardado. Entre lágrimas, rieron y se abrazaron, reconstruyendo la amistad sobre una base más sólida y sincera. En ese momento, Elena entendió que la verdad, aunque dolorosa, podía ser un puente que uniera, en lugar de una barrera que separara.

Mientras tanto, Doña Rosa continuaba escribiendo en su cuaderno y compartiendo cada capítulo con Elena. Escribir se había convertido en un proceso de liberación, una

forma de sanar. Un día, decidió que quería publicar su historia. “Quiero que otros también encuentren el valor de enfrentar su verdad”, le dijo a Elena, quien la apoyó con entusiasmo en la tarea de preparar su escrito para una pequeña publicación.

El libro de Doña Rosa fue impreso en un tiraje modesto, pero su impacto fue profundo. Personas de la comunidad comenzaron a acercarse a la librería, atraídas por la historia de la anciana. Doña Rosa compartía su experiencia y cómo la verdad le había dado la libertad que tanto anhelaba. Así, la librería se transformó en un espacio de encuentro para quienes buscaban sincerarse, sanar y conectar con los demás.

Con el tiempo, el amor por la verdad de Elena se convirtió en un hilo conductor en su vida. Aprendió que ser honesta con uno mismo y con los demás es un acto de amor y valentía que puede traer dolor, pero también una profunda sanación. La librería, que había sido su refugio, se convirtió en un centro comunitario donde se organizaban talleres de escritura, charlas sobre salud mental y encuentros para compartir historias.

La comunidad cambió. Lo que antes eran secretos y silencios ahora se transformaba en un espíritu de autenticidad. La historia de Doña Rosa inspiró a otros a compartir sus verdades, y el eco de esa honestidad resonó en cada rincón de la pequeña ciudad. Elena entendió que vivir con autenticidad es la clave para una vida plena, y que el amor a la verdad tiene el poder de transformar no solo a las personas, sino a comunidades enteras.

1 Horizonte y verdad, Curicó



La búsqueda de la verdad es como alcanzar el sol en el horizonte, siempre fuera de nuestro alcance, pero su luz guía cada paso que damos hacia un propósito más profundo.

Luis Saavedra

2 “La verdad siempre brilla más allá de las apariencias”, San Joaquín



El reflejo de las nubes en el agua genera una ilusión que nos invita a reflexionar sobre cómo las apariencias pueden ser engañosas. Eso plantea un paralelismo ético donde la verdad no siempre es lo que parece a simple vista. Nos recuerdan la importancia de la transparencia y la autenticidad en nuestras acciones y percepciones, buscando siempre la verdad, aunque sea más compleja o menos ideal de lo que aparenta.

María Jesús Madariaga

3 Confesión, Talca.



Es complicado enfrentar la verdad con un amigo sin lastimarlo, pero las mentiras reflejan nuestras inseguridades y no podemos huir de ellas.

Julián Ibarra Rebolledo